

MIGUEL DE CERVANTES

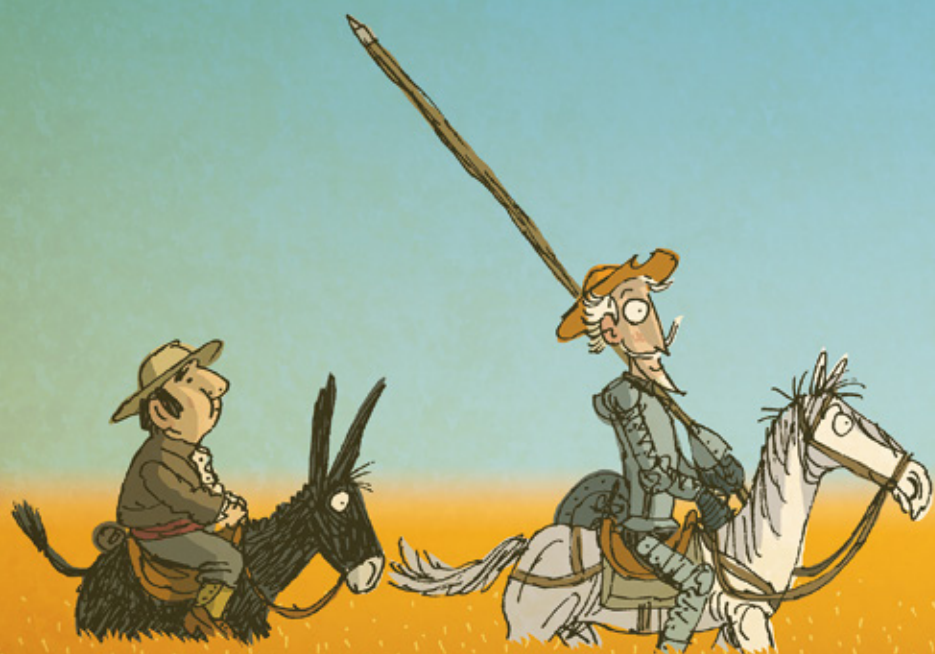
# Don Quijote de la Mancha

Adaptado por  
Silvia Roncaglia  
Sebastiano Ruiz Mignone

Ilustrado por  
David Pintor



ANAYA





# Don Quijote de la Mancha



*A nuestro querido amigo hidalgo,*  
*José Luis Cortés*  
SILVIA Y SEBASTIANO

*Para Siro, la persona que me avisa*  
*cuando los gigantes no son más que molinos*  
DAVID

1.ª edición: abril de 2023

Título original: *Le Avventure di Don Chisciotte*  
© Edición original de Edizioni Lapis, Italia, 2016.  
Todos los derechos reservados.  
Publicado por intermediación de Atlantyca S. p. A.

Adaptado por Silvia Roncaglia y Sebastiano Ruiz Mignone  
Cubierta e ilustraciones de David Pintor

© De la traducción: Carlos Gumpert, 2023  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023  
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

ISBN: 978-84-143-3476-8  
Depósito legal: M-3052-2023  
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización. Para más información, póngase en contacto con Atlantyca S.p.A. - Corso Magenta, 60/62 – 20123 Milano Italy  
[foreignrights@atlantyca.it](mailto:foreignrights@atlantyca.it) - [www.atlantyca.com](http://www.atlantyca.com)

MIGUEL DE CERVANTES

# Don Quijote de la Mancha

Adaptado por  
Silvia Roncaglia  
Sebastiano Ruiz Mignone

Ilustrado por  
David Pintor



ANAYA



## PRÓLOGO

Todos conocemos al personaje de don Quijote, ese loco que quiere imitar las hazañas de los caballeros andantes, ayudando a los débiles y luchando contra los abusones. Pero ¿quién contó sus estrafalarias aventuras? ¡Cervantes, hace más de cuatrocientos años! Aun así, el gran escritor español dice que las leyó en un manuscrito árabe más antiguo. Así que nosotros, continuando con el juego, os damos ahora nuestra versión. Porque una historia tan grande quizá pueda contarse una y otra vez en mil ocasiones, sin que el heroico don Quijote pierda su encanto, su locura... y el lector su diversión.

Y como en pareja se juega mejor, es una pareja la que la ha reescrito, alternando capítulos en tercera persona con otros narrados en primera persona por Sancho Panza, el fiel escudero, a quien hemos dado voz para hacer más sabrosa y sencilla la narración.

En pareja, como nuestros héroes, hemos vuelto a recorrer su viaje, las cabalgatas y sus muchas y tragicómicas desventuras. Y este juego nuestro habrá alcanzado su objetivo, si conseguimos estimular en los lectores el deseo de leer el día de mañana la obra maestra original: una novela sobre la amistad y el amor, llena de encantamientos y encantadores, donde aventura rima con locura.

Seguidnos y partamos en busca de hazañas, «hacia cosas y casos nunca vistos ni pensados», como le dice el propio don Quijote a Sancho, prometiéndole islas y reinos.

SILVIA RONCAGLIA Y SEBASTIANO RUIZ MIGNONE





## Capítulo 1

### *En el que se habla de las costumbres y del carácter del célebre don Quijote de la Mancha*

**E**n España, en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía hace mucho tiempo un noble caballero, que no era rico desde luego, pero al que no faltaba un caballo flaco con el que cabalgar, un perro de caza, carne en la mesa una vez al día y un vestido de suave terciopelo para ponérselo en los celebraciones y fiestas. Y también tenía una sobrina cariñosa, un ama de llaves para cuidar de la casa y un mozo que le ensillaba el rocín.

Pues este caballero tenía unos cincuenta años, era un hombre larguirucho de cara seca y cuerpo delgado y anguloso, y se dice que se llamaba Quijada o Quesada.

Era muy aficionado a la caza, pero, sobre todo, en los momentos de ociosidad (que eran la mayor parte

del año) se dedicaba a leer libros de caballerías, con tal pasión que se olvidaba incluso de la caza y hasta de administrar su patrimonio. Efectivamente, hablando de sus posesiones, llegó incluso a vender buenas tierras de siembra para comprar libros de caballerías que poder leer y acumuló en su casa una cantidad indescriptible. Qué sensaciones más maravillosas le daban todas esas frases tan enrevesadas y esas palabras altisonantes que relataban hazañas extraordinarias, amores legendarios y aventuras imposibles, que a él no le parecían imposibles en absoluto. Por eso, sumergido en tales lecturas, día tras día, llegó a perder el sentido común y a confundir esas invenciones por hechos de verdad, creyéndose a pies juntillas



las descripciones de cada hiperbólica empresa caballeresca. Incluso se ponía a discutir con el cura de su pueblo, un clérigo muy sabio, para establecer quién, entre los muchos caballeros cuyas hazañas se contaban, había sido el mejor.

En definitiva, estaba tan obsesionado con estos libros que se pasaba las noches, desde las últimas luces hasta las primeras, y los días, desde el amanecer hasta el anochecer, inmerso en la lectura. Se había convertido en una auténtica manía. De modo que, del poco dormir y del mucho leer, al final se le secó el cerebro y se le evaporó la inteligencia, tanto que perdió completamente la razón. Y ese vacío que dejaron los pensamientos ordinarios y



razonables que habían desaparecido lo ocuparon todas las fantasías sugeridas por la lectura que llenaron su cabeza, como un ejército que, tras asediar una ciudad, la conquista por fin. Su imaginación se llenó de hechizos, disputas, batallas y duelos, enamoramientos y juramentos, desafíos y heridas, e increíbles fanfarronadas de todas clases. Y todas esas invenciones eran para él más ciertos que la verdad. En fin, que el imaginario Caballero de la Ardiente Espada había partido por la mitad de un solo golpe a dos gigantes feroces y desproporcionados era una certeza absoluta para él. Con la cabeza ya definitivamente perdida, se le ocurrió así la idea más extraña que jamás se le había ocurrido al más loco de los locos: la de convertirse en caballero andante por su honor y el de su patria. Pues eso, que estaba más que decidido: se iría por el mundo, armado y a caballo, en busca de aventuras.

«¡Me someteré a todas las pruebas a las que se han enfrentado los caballeros cuyas hazañas he leído!», se decía a sí mismo, exaltado, nuestro noble caballero. «Lucharé contra toda injusticia, acabaré con los atropellos, combatiré contra gigantes, monstruos y abusones, y con ello ganaré tanto honor y fama que finalmente, en agradecimiento, me harán por lo menos emperador de Trapisonda».

Con estas extravagantes ideas en la cabeza, se apresuró a poner en práctica su propósito. En primer lugar,



se puso a limpiar algunas armas, que pertenecieron a sus antepasados y se habían quedado en un rincón, olvidadas, mohosas y oxidadas, durante muchos siglos.

Las arregló lo mejor que pudo, pero ¡ay!, había un desperfecto: al casco le faltaba la celada, tan necesaria e importante para defender el rostro en caso de duelo. No se desanimó y, sintiéndose muy ingenioso, la construyó él mismo con unos trozos de cartón y la sujetó al casco.

Ahora debía comprobar si aguantaba un golpe fuerte, así que desenvainó su espada y... ¡zas!, destruyó por desgracia en un instante el trabajo que le había costado una semana de trabajo.

—¡Maldita sea, tendré que volver a empezar! —suspiró decepcionado y volvió a ponerse manos a la obra. Esta vez quedó muy satisfecho con el resultado de su trabajo, porque reforzó el cartón con un bastidor de hierro, pero sobre todo porque decidió no hacer más pruebas de resistencia.

Luego fue a ver a su jamelgo, todo piel y huesos, que tenía más achaques que un viejo con artrosis, pero que a él le parecía el más maravilloso de los caballos.

—¡Ni siquiera Bucéfalo, el caballo de Alejandro Magno, podría igualarte! —exclamó, acariciándolo—. Lo que ahora necesitas es un nombre que esté a la altura de ti y de mi valor.

Y estuvo cuatro días pensando y repensando qué nombre podría ponerle. «Debe ser altisonante y expresar





orgullo, pero también dejar claro quién era, antes de convertirse en el corcel de un famoso caballero andante, y quién es ahora», se dijo a sí mismo. Y piensa que te piensa, al final decidió llamarlo Rocinante.

—¿Lo oyes? —exclamó, dándole vueltas a ese nombre en la boca como si fuera un caramelo y repitiéndoselo a su caballo—. ¿A qué suena bien?: ¡Rocinante! Se entiende perfectamente que antes eras un rocín y ahora vas para «adelante». Vaya, ¡que eres el mejor de todos los rocines del mundo!

Satisfecho con ese nombre, quiso después inventarse uno igual de adecuado para él, pero esta vez se lo estuvo pensando durante ocho días antes de encontrarlo. Al final se bautizó a sí mismo como don Quijote. Pero le pareció poco y decidió, como ya habían hecho otros heroicos caballeros del pasado, añadir a su nombre el de su patria, a la que sin duda daría una inmensa fama con sus hazañas.

Habiéndose convertido así en don Quijote de la Mancha, empezó a pensar que ahora solo le faltaba buscar una dama de quien enamorarse, porque un caballero andante sin enamorada era como un árbol sin hojas ni frutos.

—Si me encuentro con un gigante —desvariaba para sus adentros—, algo que les suele pasar con los caballeros andantes, y en el primer combate lo derribo y lo parto en dos, o, en fin, lo obligo a rendirse, ¿no

sería bueno tener a alguien a quien poder enviarlo como homenaje? El gigante se presentará ante mi dulce señora y arrodillándose podrá decirle: «Nobilísima señora, soy el gigante Caraculiambro, vencido en singular combate por el muy digno de alabanza y nunca bastante alabado caballero don Quijote de la Mancha. Fue él quien me ordenó que me presentara ante vos, para servirlos y reverenciarlos como mejor os parezca». ¡Así pues, es indispensable que tenga una dama!

Así terminó sus ensoñaciones y de inmediato se acordó de Aldonza Lorenzo, una joven y hermosa campesina de quien había estado enamorado en el pasado, sin decirselo nunca, y decidió elegirla como dama de sus pensamientos. Pero era conveniente cambiarle el nombre a ella también y buscar uno más adecuado: un nombre de gran dama, en definitiva.

—Dulcinea del Toboso —suspiró por fin, satisfecho de haber inventado un nombre tan armonioso, con una pizca de verdad, porque Aldonza era natural del Toboso, precisamente.



**Una novela llena  
de inusuales aventuras  
en las que la realidad se funde  
con la fantasía**

*En un lugar de la Mancha vivió un  
hidalgo de cuyo nombre todos nos  
acordamos. Don Quijote de la Mancha  
es considerada la primera novela  
moderna, y una de las obras maestras  
de la historia de la literatura. En esta  
adaptación, que alterna su punto de  
vista con el de su fiel compañero Sancho  
Panza, los más jóvenes podrán disfrutar  
de las estafalarias aventuras  
de uno de los dúos más conocidos  
de la cultura occidental.*

**ANAYA**

[www.anayainfantiljuvenil.com](http://www.anayainfantiljuvenil.com)

1541233

ISBN 978-84-143-3476-8



9 788414 334768